
Irán y la seguridad en el Golfo Pérsico

*Antonio Dueñas**

El Golfo Pérsico ha desempeñado siempre un papel importante en la vida de los países que lo rodean. Ha sido, y es, puente por el cual transitan desde tiempos remotos personas, mercancías e ideas.

Diversas monarquías que prosperaron en la meseta iraní expandieron su influencia y en ocasiones su dominio a ambas riberas del Golfo Pérsico. La imposición de una sola religión en la zona dio a los pueblos el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad, de compartir intereses comunes, y ello contribuyó por largo tiempo a la estabilidad y la seguridad en la región. Lo anterior, sin embargo, no borró las diferencias entre los pueblos del área, como son pertenecer a diversas etnias, entender la religión común de diferente manera y conocer diferentes niveles de desarrollo político y social.

En la parte continental se ha alterado la monarquía con la república, se practica el régimen parlamentario, el multipartidismo; el actual régimen iraní es una excepción. Del lado de la península árabe, el tiempo político se ha detenido en la monarquía y se carece de la experiencia que ofrece la diversidad ideológica.

La expansión colonial al subcontinente indio incorporó la zona del Golfo Pérsico a la lucha por asegurar áreas de influencia, principalmente entre los antiguos imperios ruso y británico, lucha que se vio continuada por la rivalidad soviético-estadunidense. Esa política alteró el equilibrio político que la precedió y estableció un nuevo esquema de alianzas, de fidelidades políticas, por lo general ajenas a los intereses nacionales de la región.

El vacío que dejó la retirada británica del Golfo Pérsico, en la década de los años sesenta, fue ocupado por Estados Unidos. Al igual que en el periodo de la llamada paz británica, durante la norteamericana se reconoció a Irán como una

* Embajador. Actualmente es embajador de México ante la República Islámica de Irán.

de las potencias regionales y, más aún, dentro de ciertos límites, se le permitió desempeñar dicho papel.¹

A partir de la década de los ochenta el Golfo Pérsico cambió radicalmente debido, en primer término, al impacto del triunfo de la revolución iraní. La desaparición de la URSS, la guerra Irán-Iraq, la continuación del conflicto afgano como guerra civil y la guerra del Golfo Pérsico profundizaron dicho cambio. Ello obligó a los países del área a diseñar nuevas estrategias de seguridad y de relaciones de cooperación regionales.

Antecedentes

La situación geográfica de Irán aporta a este país tanto beneficios como peligros para su supervivencia como nación independiente. La historia iraní, en lo que va del siglo, permite apreciar cómo su política y economía se han visto determinadas por la intervención extranjera. La influencia de Gran Bretaña, de Rusia y luego de Estados Unidos, en la creación y supervivencia de las dinastías Qajar y Pahlavi, son ejemplos de ello. La opinión generalizada de los especialistas coincide en que la gestación y triunfo de la revolución islámica escapa a esa regla.

La situación geopolítica iraní es tal que, independientemente del régimen político que detente el poder, el país enfrenta similares peligros para su seguridad. Así, aun cuando parezca raro, el actual régimen islámico percibe las mismas amenazas para la seguridad nacional que las que enfrentó su predecesor. Desde el interior, dichas amenazas están representadas por las fuerzas prodemocráticas y, en el caso del gobierno actual, por las secularistas. El tribalismo constituye también una amenaza; por éste se entienden dos demandas de los grupos étnicos no persas: una moderada, que pide mayor autonomía administrativo-cultural y otra, radical, que plantea la separación. Sin duda, esta última es la más peligrosa ya que cuestiona la integridad territorial del país.

Desde el exterior, las amenazas a la seguridad iraní, por lo menos hasta el final de la guerra fría, se identificaron como provenientes, en primer lugar, del norte, tanto en la época del ex imperio ruso como en la de la URSS. En segundo lugar, a partir de que Irán se convirtió en productor y exportador importante de petróleo, debido al hecho de que era necesario garantizar el tránsito del crudo por el Golfo Pérsico y la libre navegación en el mismo. Ello le demandó convertirse en el primer poder marítimo de la región, desde luego con el consentimiento de las grandes

¹ Véase Taheri Amir, "Policies of Iran in the Persian Gulf Region", en Abbas Amire (ed.), *The Persian Gulf and Indian Ocean in International Politics*, Teherán, Institute for International Political and Economic Studies, 1975, pp. 259-286.

potencias. En tercer lugar, el arabismo. Este factor aparece después de la desintegración del imperio otomano y con la formación de Estados árabes en las fronteras iraníes. Esta amenaza se expresa principalmente en dos formas: el desacuerdo sobre fronteras — el diferendo irano-iraquí que al parecer está resuelto —² y el de la soberanía sobre las islas del Golfo Pérsico y la rivalidad religiosa e ideológica, que sigue pendiente. Durante las décadas de los años sesenta y setenta, esta última se expresó en campañas de desestabilización de los gobiernos nacionalistas y prosocialistas de Egipto y sus aliados, Siria e Iraq, contra la monarquía Pahlavi.

En nuestros días el régimen islámico iraní tomó la iniciativa al promover similares campañas llamando a los pueblos vecinos a sublevarse contra sus autoridades, a las cuales califica de conservadoras y de estar alejadas de la verdadera interpretación y práctica del Corán. Esto ha dado a la rivalidad ideológico-religiosa un nuevo contenido: la lucha por la hegemonía, por el liderazgo en la comunidad musulmana a nivel mundial, entre Irán y Arabia Saudita.

En ese contexto, la presencia de una potencia extrarregional en el Golfo Pérsico, representada primero por Gran Bretaña y luego por Estados Unidos, tuvo varias consecuencias: primera, fue un aliado necesario para Irán a fin de hacer frente a la amenaza del norte y a la que representó, en su momento, la alianza de la URSS con algunos Estados árabes limítrofes; segunda, para los Estados vecinos de Irán fue una garantía que los protegía de las pretensiones hegemónicas de Irán en la región.

La presencia de potencias extrarregionales en el Golfo Pérsico exigió la creación de enclaves coloniales como puntos de apoyo logístico para las comunicaciones marítimas, de bases militares, así como la intervención en los problemas regionales, lo cual implicó ejercer influencia decisiva en las cuestiones internas. Al cambiar la situación mundial y alterarse el interés de las grandes potencias de la región, que llevó a la salida de Gran Bretaña del área, a fines de los años sesenta, los territorios controlados por la potencia colonial o el jeque que gozó de su protección se convirtieron en nuevas semillas de discordia regional. Ahí están los conflictos planteados en el Golfo Pérsico por la independencia de Kuwait, Bahrein o la soberanía sobre las islas del Golfo Pérsico.³

Al retirarse Estados Unidos de la región, a principios de los años ochenta, se desintegró el equilibrio apuntalado por ese país, el cual giraba en torno al poder disuasivo iraní, y reaparecieron las viejas reivindicaciones y la rivalidad político-

² Djumehid Montaz, "La frontière Irano-Irakienne dans le Chattr el Arab", en *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. I, núm. 1, primavera 1989, pp. 87-107.

³ Véase Mojtabeh-Zadeh Pirouz, "Geopolitical Triangle in the Persian Gulf", en *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. VI, núm. 1-2, primavera-verano 1994, pp. 47-48.

religiosa. Ello se vio agravado por el surgimiento de nuevos Estados en el Cáucaso y el Asia central, zonas con reconocidos antecedentes político-religiosos con Irán, lo cual representa un elemento más para la rivalidad entre las principales potencias regionales: Arabia Saudita e Irán.

La seguridad en el Golfo Pérsico y la revolución iraní

El triunfo de la revolución islámica en Irán, en febrero de 1979, provocó transformaciones radicales al interior del país y reacciones ambivalentes al exterior.⁴ En el interior, la islamización fue más fácil de lo que se esperaba gracias a la guerra que Iraq inició contra Irán. Si bien el nuevo régimen adoptó formalmente la forma constitucional de gobierno, una constitución que establece una división de poderes, también introdujo conceptos desconocidos, incluso para otros regímenes islámicos y para Occidente, como el de Líder espiritual (*Velayati Faqi*) y el Consejo de Guardianes que, al no estar sujetos a ningún control, al menos de parte de la población, anulan lo que pudiera haber de democrático en el régimen shiíta iraní, ya que el Líder y el Consejo de Guardianes tienen la última palabra en todo. Así lo establece el capítulo VII del texto constitucional y el artículo 96 de la Constitución.

El actual régimen iraní tiene como base la total subordinación del Estado y de la sociedad a la religión. El Imán Jomeini definió así esta situación:

Ahora que gracias a Dios y a los grandes sacrificios del pueblo se creó la República Islámica, y teniendo en mente la supremacía del Islam y de sus edictos [...] es obligación del pueblo iraní apearse al cumplimiento de todos los aspectos del sistema, ya que la preservación del Islam tiene precedencia sobre todas las demás obligaciones.⁵

Al exterior, la rápida islamización de las estructuras del poder y la adopción en política internacional de una línea de confrontación con las grandes potencias bajo el lema “Ni este ni oeste”, así como la promoción de un “modelo islámico” —según afirman, basado en la interpretación original y fundamental del Corán—⁶

⁴ Véase “The Eight Years Policies of the Reagan Administration Regarding Iran”, en *The Echo of Iran*, vol. 25, núm. 13, 2 de febrero de 1989, pp. 10-12 y Helmut Hubel, “The Soviet Union and The Persian Gulf in the 1980 and Beyond” en *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. II, núm.1, primavera 1990, pp. 21-34.

⁵ Imán Jomeini, “Discurso final”, editado por el Ministerio de Gufa y Cultura Islámica, Irán, s.f., p. 17.

⁶ Véase al respecto el mensaje del Imán Jomeini a Mijail Gorbachov del 1 de enero de 1989, en *Echo of Iran*, 19 de enero de 1989, pp. 19-20.

fue un golpe mortal para la estrategia de seguridad del Golfo Pérsico, estructurada con base en los postulados de la "Doctrina Nixon" y según la cual los intereses occidentales podían ser protegidos por aliados de la región, en primer lugar Irán y el reino saudita, a los cuales no se dudó en llamar potencias regionales.⁷

Así, uno de los eslabones centrales de dicho esquema abandonó el campo occidental y se convirtió en su principal enemigo en la zona y en una amenaza para la estabilidad de los Estados árabes del Golfo Pérsico.

Las reacciones de los países occidentales y de los del Golfo Pérsico ante el triunfo de la revolución islámica fue muy similar, de incertidumbre y de ambigüedad. El gobierno de Estados Unidos tuvo dos problemas al evaluar dicha revolución: en primer lugar, la enmarcó en el familiar esquema del momento, la confrontación este-oeste; en segundo, fue confusa esa evaluación debido a la rivalidad burocrática que, en la administración Carter, se dio entre el Consejo de Seguridad Nacional y el departamento de Estado en cuanto a la conducción de la política exterior estadounidense. Ello explica la conducta errática de la diplomacia estadounidense durante los últimos años de la monarquía del Shah y los primeros del régimen islámico.⁸

En la conducta de Estados Unidos frente a la revolución islámica iraní influyó la presencia soviética en Afganistán, misma que llevó al gobierno de Estados Unidos a creer que el líder de dicha revolución carecía de suficiente apoyo y arraigo popular; por ello, tardó en aceptar que el nuevo régimen clerical, al proyectar un liderazgo carismático, nacionalista y reivindicatorio de soberanía e independencia nacional, era diferente a los que había conocido el país. Por otro lado, con base en la línea de "ni oriente ni occidente", el nuevo gobierno en Teherán no tomó partido por ninguno de los dos bloques existentes a los cuales criticó en iguales términos como "potencias satánicas".

Así, una de las tareas inmediatas sería llenar el vacío que dejara Irán. Una primera reacción fue fortalecer las relaciones con Arabia Saudita, quien cosechó ventajas económicas por la salida temporal iraní del mercado petrolero.⁹ Ese

⁷ Véase Mojtahed Zadeh Pirouz, *Political Geography of the Strait of Hormuz*, Londres, 1990, p. 5 y K.R. Sing, *Iran: Quest for Security*, Nueva Delhi, 1980.

⁸ Véase Allan Nevins Allan y H.S. Commager, *A Pocket History of the United States*, Nueva York, Pocket Books 1992, pp. 616-617.

⁹ Antes de que empezaran los problemas Irán producía de cinco a siete MBD, de los cuales exportaba cinco MBD. La huelga en la industria petrolera, en octubre de 1978, paralizó la producción y fue sólo a pedido del Imán Jomeini que los trabajadores aceptaron producir unos 700 000 BD, suficientes apenas para el consumo interno. En diciembre cesó la exportación de crudo; lo cual produjo un déficit en la oferta mundial de dos MBD. Arabia Saudita incrementó su producción en 1.7 MBD y otros productores en 1.3 MBD. En abril de 1979, Irán estaba de nuevo produciendo de dos y medio a tres MBD, de los cuales entre uno y dos MBD se exportaban. Para mediados de ese

beneficio económico no podía ocultar la preocupación central del reino saudita. El triunfo de la revolución iraní transformó al país, de escudo para la seguridad saudita, en amenaza principal. En efecto, la estrategia saudita de seguridad se basó por mucho tiempo en el viejo principio de aprovechar las rivalidades entre los vecinos. Riyadh había contrarrestado la amenaza del radicalismo árabe representada por Iraq con la hostilidad de éste hacia Irán; de manera similar, había contrarrestado las tendencias hegemónicas de Irán con la presencia de Estados Unidos.

Por otro lado, la política de Estados Unidos frente al triunfo de la revolución iraní causó serias preocupaciones en Riyadh, ya que no se encontró una explicación aceptable de las razones de Washington para permitir la caída de uno de sus aliados más fieles de la región. Ello planteó al reino saudita la urgencia de rediseñar su política de seguridad. Al respecto, se decidió por: a) fortalecer las fuerzas armadas nacionales, b) estructurar un esquema regional de seguridad y, c) acordar una nueva relación con Estados Unidos. Éste, como se anotó, buscaba sustituir las facilidades militares perdidas en Irán.

Hasta la guerra del Golfo, por la invasión iraquí contra Kuwait, Arabia Saudita se resistió a permitir la presencia de tropas extranjeras de un país no musulmán en su territorio. La nueva relación Riyadh-Washington se facilitaba no sólo por el factor islámico iraní sino porque, desde antes, había coincidencias en sus políticas hacia la región. Su lucha contra el comunismo y la expansión de la presencia soviética en el área, en particular después de la invasión soviética en Afganistán, por la alianza URSS-Iraq y las buenas relaciones de Moscú con Egipto, Siria y su conocida influencia en Etiopía y Yemen del Sur. Riyadh se sentía así rodeada por vecinos no confiables.

La situación anterior se complicaba aún más para el reino saudita con la campaña de los gobernantes shiitas iraníes contra su liderazgo religioso en el mundo árabe y musulmán. Los ayatolas shiitas acusan a los sauditas de no ser dignos de custodiar los lugares santos de los musulmanes por su estrecha relación con Estados Unidos, país declarado enemigo principal del Islam por el gobierno clerical iraní.

Por si fuera poco, aunado al cambio en Irán, Estados Unidos había promovido un año antes la firma del tratado de paz entre Egipto e Israel,¹⁰ con lo cual dividió al mundo árabe y puso al reino saudita en un serio dilema: ¿a quién apoyaría?, ¿a

año, Irán ya podía exportar de dos a tres MBD, con lo cual se ponía fin al déficit. Véase Singh, *op. cit.*, pp. 410-411.

¹⁰ El 17 de septiembre, después de dos semanas de intensas negociaciones, los presidentes Carter y Sadat, así como el primer ministro Begin, concluyeron los acuerdos de paz que fueron firmados en marzo de 1979 en la Casa Blanca, en Washington, D.C.

su aliado militar o a sus hermanos de religión? Éstos lo acusaban de apoyar a Estados Unidos y Washington lo presionaba no sólo para que se uniera a ellos en este caso sino para que inclinara en su favor a los países árabes moderados. Dicho tratado de paz provocó un rompimiento al interior de la familia real saudita, ya que el príncipe heredero Fadh, al no contar con el apoyo de sus hermanos los príncipes Abdullah y Saoud Al-Faizal, quienes encabezaban la tendencia nacionalista, en favor de Estados Unidos, se autoexilió en marzo de 1979. Esta decisión enfrió la relaciones estadounidense-sauditas. Ambos aliados se sintieron defraudados. Estados Unidos acusó a Riyadh de sabotear el proceso de paz en la región; ésta, a su vez, reclamó a Washington no entender lo frágil de sus relaciones con el mundo árabe, y no apreciar el esfuerzo que hacía para mantener el abasto de petróleo al Occidente a pesar de la escasez para, de esta manera, impedir el alza de su precio.

Como resultado inmediato ambos aliados se replegaron a sus campos. Estados Unidos fortaleció su relación con Israel y el reino saudita con los Estados árabes. En estas circunstancias, Riyadh ensayó buscar una alternativa a su alianza con Estados Unidos. El reino saudita, carente de fuerza militar y de la influencia política suficiente, desde fines de 1979 y durante los años ochenta, recurrió a lo que tenía en abundancia, los petrodólares, para hacer de la difusión del Islam una herramienta en la promoción de los intereses sauditas.

Bajo este esquema surgió el llamado "petro-islam", que los sauditas denominaron Solidaridad Islámica Universal. Para Riyadh dicha solidaridad debería ser, además, una alternativa al panarabismo promovido por Egipto e Iraq, así como al shiismo militante de los ayatolas iraníes. Para ello, los sauditas no escatimaron petrodólares para financiar el *Hajj*, peregrinaje a la Meca y una de las obligaciones de los musulmanes; hacer del reino un lugar de visita obligada de gobernantes y líderes religiosos musulmanes; construir mezquitas por doquier; crear fondos de apoyo para los países musulmanes más pobres, etcétera.¹¹

Al carecer de un liderazgo carismático y de un llamado ideológico a la lucha contra la llamada influencia corrupta de Occidente, la política del "petro-islam" no fue capaz de movilizar a las masas árabes para sobreponerse al panarabismo. Ese liderazgo lo reclamó el Imán Jomeini, quien, desde Teherán, invitaba al mundo musulmán a unirse a una cruzada contra el Gran Satán (Estados Unidos) y sus aliados regionales, y por la reconquista de las tierras ocupadas del Islam.

El reino saudita se vio así obligado a revisar su estrategia y buscar acomodarse a la nueva situación. La oportunidad se la facilitó el ataque iraquí contra Irán, el 22 de septiembre de 1980. En este conflicto, como en casos anteriores, el mundo

¹¹ Véase Sandra Mackey, *Saudis, Inside the Desert Kingdom*, Penguin Books, 1990, pp. 348-354.

árabe se condujo dividido entre radicales — Siria y Libia, entre otros que estuvieron del lado iraní — y moderados, que apoyaron a Iraq — las monarquías del Golfo y Egipto, al cual por cierto dicha guerra le permitió reingresar al mundo árabe que lo mantenía aislado desde la firma del acuerdo de Campo David. Arabia Saudita puso de lado su tradicional hostilidad hacia el régimen izquierdista iraquí y apoyó a Bagdad en su lucha, ahora contra el enemigo común, el shiismo militante del Imán Jomeini.

Esta extraña alianza se reveló como la mejor forma, en aquel momento, para enfrentar la amenaza a la estabilidad de las monarquías del Golfo que se sentían muy vulnerables a los llamados de Jomeini a las masas árabes musulmanas para cambiar dichos regímenes por repúblicas islámicas, por sociedades más justas.

Así, a partir de los años ochenta surge en la zona del Golfo Pérsico una nueva estructura de seguridad cuyos pilares son: el frente antiraní, formado por dos grupos principalmente, las monarquías del Golfo Pérsico, otros países árabes como Jordania, Egipto, que contaba con el apoyo de los países consumidores de petróleo, principalmente los europeos, y con el brazo armado de Estados Unidos; por otro lado, y a la luz de la experiencia del Shah de Irán, quien para los sauditas fue abandonado a su suerte por Estados Unidos, las fuerzas armadas sauditas y el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), como nueva estructura regional de defensa.

El Consejo de Cooperación del Golfo, que surgió desde 1976 como organismo para intercambiar información sobre disidentes y criminales, se reveló como el marco apropiado, en las nuevas circunstancias, para una alianza defensiva. En 1981 este cambio se formalizó y el CCG se constituyó en una organización para la seguridad de la zona del Golfo Pérsico, al margen de los organismos árabes ya existentes. Más aún, sus miembros acordaron también cooperar en lo económico y comercial, orientados a la creación de una zona económica en la región.

A un año de que Irán dejara de ser el centro de la seguridad en el Golfo Pérsico, existe otra estrategia de seguridad y nuevos actores. Contra lo que creyeron los que la iniciaron y la apoyaron, la guerra Irán-Iraq duró muchos años (ocho) y no dio los resultados esperados: el régimen de los clérigos en Teherán fue capaz de resistir, ya que como en conflictos similares se olvidó que cuando está en juego el destino de la nación, sus habitantes ponen de lado sus divergencias para defender su país. Esto se repitió en Irán y los ayatolas contaron con el patriotismo de los iraníes en la defensa de la patria, además de que la guerra les ayudó a liquidar a la oposición consolidando así su poder, y a islamizar al país más fácilmente. La menor resistencia al nuevo régimen era fácil atribuirla, no al sistema clerical, sino a la guerra por la defensa del país.

Queda fuera del propósito del presente ensayo el examen del desarrollo militar y diplomático de la guerra Iraq-Irán; por ello, nos limitaremos a señalar las

posiciones centrales de los actores del conflicto y sus principales consecuencias para la seguridad en el Golfo Pérsico.

Iraq decidió, como se anotó anteriormente, atacar a su vecino en un momento en que la región se encontraba inmersa en tres problemas que ocupaban la atención de los Estados de la zona y de los gobiernos con intereses estratégicos en ésta: a) la guerra en Afganistán contra la intervención soviética, b) el proceso revolucionario en Irán y c) las consecuencias del tratado de Campo David.

Si bien desde el triunfo de la revolución iraní se iniciaron escaramuzas armadas en la frontera irano-iraquí, se descartaba que ello evolucionaría en una confrontación militar general entre los rivales tradicionales. Sin embargo, una vez iniciada la guerra, la mayoría de los especialistas coincidieron en predecir que sería de corta duración, en razón del caos interno de Irán y, más aún, por la eliminación de la alta oficialidad de las fuerzas armadas iraníes. Congruente con esa evaluación, el secretario de Defensa estadounidense, Harold Brown, no dudó en declarar que dicho conflicto “no era una guerra mayor”. La preocupación central de la administración Reagan era prevenir la expansión de la influencia soviética en la región.

Por su parte, la URSS calificó la guerra Iraq-Irán como una oportunidad más para que Estados Unidos ampliara su influencia en la región. Se apresuró a firmar, en octubre de 1980, un tratado de amistad con Siria y, mientras las fuerzas iraquíes mantuvieron la ofensiva, no les proporcionó armamento ni directamente ni a través de sus aliados.

Esa apreciación optimista cambió cuando, contra todas las previsiones, los clérigos iraníes lograron organizar la contraofensiva de marzo de 1982 que les permitió recapturar la importante plaza de Jorramshar y unos 16 000 prisioneros iraquíes. Fue una importante victoria para el régimen de Teherán, pues, además del impacto psicológico, planteó la posibilidad de la derrota de Sadam y señaló el peligro que se cernía sobre el abastecimiento de petróleo.

Los éxitos militares iraníes obligaron a los aliados de Iraq a darle mayor apoyo y a cambiar de estrategia. Los países árabes proiraquíes presionaron a Estados Unidos para que adoptara una posición más activa, cuyo primer paso fue proporcionar a Riyadh los primeros aviones de vigilancia aérea, AWACS, que ofrecieron información de inteligencia al ejército iraquí. La URSS reanudó la entrega de armas a Bagdad.¹²

Fueron varias las consecuencias de la contraofensiva iraní del año 1982. Primero, a partir de 1983, la administración Reagan puso en práctica su política de bloqueo general de armas a Irán bajo el nombre de *Operation Staunch*; segundo, se inició el diálogo EEUU-URSS sobre conflictos regionales ya que el bloqueo

¹² Véase al respecto Helmut Hubel, “The Soviet Union...”, *op. cit.*, p. 26.

estadunidense requería del apoyo soviético. Estos contactos soviético-estadunidenses sobre conflictos regionales significaron para las dos grandes potencias lograr manipular el abastecimiento de armas a fin de no permitir al régimen iraní obtener armamento que le permitiera superar la capacidad iraquí. Ello a pesar de que China, que no fue parte de este acuerdo, proporcionó a Teherán algunas armas sofisticadas que le permitían amenazar a los países de la península árabe, así como las líneas de comunicación del Golfo Pérsico.

Dicha guerra dio la oportunidad, buscada desde hacía mucho tiempo, a la URSS de iniciar su presencia militar en el Golfo Pérsico. Esto, a raíz de la petición de Kuwait de apoyo al Consejo de Seguridad de la ONU ante lo que consideró la posibilidad de un ataque de Irán. La URSS se apresuró a contestar favorablemente la petición kuwaití y estuvo de acuerdo en rentar varios de sus buques petroleros para transportar crudo kuwaití y protegerlos con su armada si fuera necesario. Consecuencia no menos importante de esta decisión fue el inicio del diálogo con Arabia Saudita. En efecto, con la intermediación de la embajada de Kuwait en la URSS, el ministro saudita del petróleo viajó a Moscú donde se firmó, como resultado de las conversaciones, un crédito a la URSS de parte del reino saudita por 150 millones de dólares.

Estados Unidos, por su parte, reaccionó de inmediato a esta actividad soviética y dejó a un lado su anterior reticencia a dar protección a los buques petroleros de Kuwait: aceptó poner varios de ellos bajo su bandera. Así, el conflicto entró de lleno en su fase conocida como la "guerra de los petroleros", extendiéndose de la parte continental al Golfo Pérsico, lo cual incrementó la amenaza para el abastecimiento de petróleo y dio una excelente razón a la presencia militar de las grandes potencias en esa zona. La inseguridad del transporte del petróleo por el Golfo Pérsico, a pesar de las armadas extranjeras presentes, obligó a buscar vías alternas para su transporte. De este modo, se construyeron los oleoductos que atraviesan el sur del territorio turco, para el petróleo iraquí, y los que cruzan la península árabe hacia el Mar Rojo para el crudo saudita e iraquí.

A la larga, esta decisión constituye el golpe más duro contra el monopolio que tuvo el Golfo Pérsico como principal ruta de salida del petróleo de la región.

La guerra de Iraq-Irán es un ejemplo ilustrativo de un conflicto regional en un momento que ahora sabemos era el final de la guerra fría en el cual se observa claramente el doble enfoque de la política de las grandes potencias hacia una región donde sus intereses estratégicos directos, así como los económicos de sus aliados, estaban seriamente amenazados. Para Estados Unidos dicha guerra presentó una doble preocupación estratégica que distraía su atención de lo que era su objetivo central, la lucha contra la expansión soviética en la región y, por otro lado, entorpecía sus acciones sobre temas delicados para la política interna estadounidense, como el de los rehenes y el escalamiento de las operaciones de los

movimientos radicales islámicos apoyados por Irán contra los intereses occidentales, particularmente contra Israel. La combinación de factores, como el avance de las tropas iraníes en el frente de guerra, las cuales al llegar a las fronteras de Kuwait estuvieron en posibilidad de amenazar la seguridad saudita y la campaña electoral en Estados Unidos, obligaron a Riyadh y a Washington a moderar su apoyo a Iraq y mandar señales conciliatorias a Teherán. Esta política, si bien logró la liberación de algunos rehenes, terminó en el tristemente célebre escándalo "Irán-Contra". Aun cuando no se obtuvo otro de los objetivos de la iniciativa Washington-Riyadh, que consistía en el establecimiento de un punto de comunicación y apoyo a la fracción moderada del régimen iraní, la operación sí contribuyó al éxito electoral del presidente Reagan, aunque más tarde la administración estadounidense y el Congreso de Estados Unidos endurecieron su política hacia Irán.

Por su parte, la URSS hacía su propio juego. Por un lado, intentó conciliar a Damasco y Bagdad con el fin de aislar más al régimen iraní y, por el otro, trató de mejorar sus relaciones en Teherán.

Finalmente, el 18 de julio de 1988, exhausto por ocho años de guerra, con una economía al borde del colapso y el espíritu combativo de la población en su punto más bajo, el presidente Jamenei informó al Secretario General de la ONU:

Hemos decidido oficialmente declarar que la República Islámica de Irán, por la importancia que le otorga a salvar la vida de los seres humanos y al establecimiento de la justicia y la paz y seguridad regional e internacional acepta la resolución del Consejo de Seguridad.¹³

Esta decisión tardó casi un año en adoptarse ya que la resolución que aceptaba el régimen había sido aprobada desde el 20 de julio de 1987. Este final de la guerra no era lo que ninguno de los beligerantes se propuso al principio, pues Bagdad ni logró la modificación de la frontera ni la devolución de las islas del Golfo Pérsico a los Emiratos Árabes Unidos, ni el gobierno shiita obtuvo la destitución de Sadam Hussein y el triunfo de sus simpatizantes. Esta frustración la expresó el Imán Jomeini así:

Prometí luchar hasta la última gota de mi sangre y hasta mi último respiro, tomar esta decisión ha sido más mortal que beber la cicuta, me someto a la voluntad de Dios, tomo esta bebida para su satisfacción, para mí hubiera sido más soportable aceptar la muerte y el martirio, la decisión de hoy está basada únicamente en los intereses de la República Islámica.¹⁴

¹³ Robin Wright, *In the name of God, the Komeini Decade*, Londres, 1990, p. 190.

¹⁴ Citado por Wright, *ibid*.

En la práctica, esta decisión significaba que se hacían compromisos con los ideales de la revolución a fin de salvar la supervivencia del Estado Islámico. La resignación de los dirigentes iraníes para terminar el conflicto bélico marcó el principio de una nueva etapa en la vida del régimen islámico y un momento de respiro, tan deseado por todos los habitantes, que permitiría la consolidación del régimen.

Se dieron pasos inmediatos para iniciar la reconstrucción del país y hacer más fácil la vida diaria de la población al relajar las restricciones impuestas durante la guerra, mismas que la obligaban a llevar una vida espartana. Este cambio significaba el vuelco hacia el interior que han dado muchas otras revoluciones, por ejemplo la bolchevique, que después de ensayar “la revolución permanente” cambió a la “revolución en un solo país”. Así, los shiitas iraníes abandonaban la fase de la guerra y de la exportación de la revolución para consolidar el Estado Islámico vía la construcción económica que demandaba la reinserción del país en la comunidad internacional.

Para lo anterior, los dirigentes shiitas no tuvieron inconveniente en aceptar que, al calor de la atmósfera revolucionaria, se habían cometido errores en la conducción de la política exterior y que innecesariamente se habían hecho enemigos de amigos, lo que debería corregirse. Para ello se promovió la normalización de las relaciones diplomáticas y económicas. Con este propósito, en octubre del mismo 1988, por primera vez desde el triunfo de la revolución, se organizó la Feria Comercial Internacional de Teherán, misma que contó con una amplia presencia extranjera, alrededor de treinta y seis países, lo que mostraba el interés por participar en el programa de reconstrucción económica del país.¹⁵

La seguridad en el Golfo Pérsico después de la guerra Irán-Iraq

Después de ocho años de guerra, ¿qué lograron Bagdad y Teherán? En términos generales no es exagerado contestar que excepto destrucción y pérdida de vidas, nada. En cambio desde el punto de vista de la seguridad regional sí perdieron mucho.

La situación en la región es distinta a la que prevalecía en 1980, pues además de los actores tradicionales Irán e Iraq, surgió un tercero, formado por los países del Golfo Pérsico bajo el liderazgo saudita, el Consejo de Cooperación del Golfo

¹⁵ Según algunas estimaciones, los daños de guerra ascendieron a 55 billones de dólares, y de acuerdo con otras a 600 billones. Véase *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. II, núm. 1, primavera 1990, p. 108 y también Patrick Clawson, quien hace una ilustrativa presentación de la situación económica de los países del Golfo durante los años ochenta, que muestra el impacto de la guerra Irán-Iraq. *Op. cit.*, pp. 187-194.

(CCG), cuyo objetivo fue y es contener la amenaza militar tanto iraní como iraquí, así como el radicalismo islámico.¹⁶

Inmediatamente después del cese al fuego de agosto de 1988, las preocupaciones de seguridad de Irán en la región volvían a ser, en primer término, enfrentar la amenaza militar iraquí. Para este fin, Teherán inició una campaña diplomática hacia sus vecinos árabes invitándolos, de nuevo, a formar un sistema de seguridad colectiva. Sin embargo, sus llamados cayeron en oídos sordos, pues a pesar de la evidente superioridad militar de Iraq, Irán seguía siendo percibido como la amenaza central para las monarquías del Golfo. La guerra contra Iraq, por su invasión a Kuwait, sólo alteró esta situación en cuanto al debilitamiento de su maquinaria militar. En segundo término de las preocupaciones de seguridad iraní estaba el eliminar la influencia extrarregional. Para el régimen shiita iraní, el regreso de Estados Unidos a la región como potencia dominante y la entrada al Golfo Pérsico de la URSS, su añeja aspiración, fueron una de las consecuencias menos deseadas de su guerra con Iraq. En tercero, restablecer la influencia iraní en el Golfo Pérsico. Esto responde a la tendencia muy extendida en Irán de ver a dicho Golfo como un lago iraní. Como se anotó anteriormente, Irán es el país limítrofe más importante del Golfo Pérsico, tanto por la extensión de su litoral como por su población; sobre todo porque después de su guerra con Iraq, dicha ruta marítima confirmó que es vital para la supervivencia económica del país.

Estas aspiraciones del régimen iraní enfrentan múltiples obstáculos. Algunos son de carácter regional, como la tradicional rivalidad con Riyadh (principal miembro del CCG) sobre la interpretación del Islam, shiismo-wahabismo, la lucha por el liderazgo en la OPEP, la competencia por la supremacía y liderazgo en el Golfo Pérsico, y el resentimiento por la alianza saudita con Estados Unidos, así como el apoyo a Iraq en la guerra contra Irán.¹⁷

Otros obstáculos están representados por las preocupaciones extrarregionales que responden básicamente a dos problemas, íntimamente interrelacionados: la preocupación occidental por la garantía del abastecimiento de petróleo,¹⁸ que coincide con la percepción de las monarquías del Golfo de que Irán es un factor de desestabilización regional en lo militar y político, al apoyar el cambio del *statu quo* de los regímenes de la península árabe, lo que hace necesaria la presencia militar extrarregional.

¹⁶ Keith McLachlan, "Security and Instability in the Persian Gulf Region: Iran and the Persian Gulf in the Era of Change", *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. III, núm. 2, verano 1991, pp. 30-33.

¹⁷ Hooshang Amirahmadi, "Iran and the Persian Gulf. Strategic Issues and Outlook", *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. V, núm. 2, verano 1993, p. 394.

¹⁸ Según Amirahmadi, entre el 75 % y 77 % del petróleo mundial se localiza en el mundo musulmán. De ese petróleo, 66 % procede del Golfo Pérsico. *Ibid.*, p. 392.

La guerra del Golfo Pérsico benefició a Irán ya que logró lo que no obtuvo en el campo de batalla contra Iraq. En efecto, el 16 de agosto de 1990, Bagdad informó a Teherán que aceptaba sus condiciones de paz: retiraba sus pretensiones sobre el control del Shatt el-Arab y reconocía que la línea fronteriza pasara por la parte medianera del río; además, procedería al cambio de prisioneros de guerra.

La derrota de Sadam Hussein también representó para Teherán dos consecuencias, a primera vista contradictorias. Por un lado, la máquina militar iraquí, a pesar del golpe que recibió, seguía siendo una amenaza y un obstáculo a las pretensiones iraníes hacia la zona y, por el otro, gracias a la aventura iraquí contra Kuwait, Irán recuperó su papel de fuerza imprescindible en el Golfo Pérsico. Con el propósito de hacer efectivo ese papel, de actor importante, el régimen iraní ensayó varias opciones. La primera fue tratar de convencer a sus vecinos árabes de que la seguridad del Golfo es responsabilidad de los Estados limítrofes. Para ello quiso hacer valer los argumentos señalados por los integrantes del CCG, los cuales, al constituir dicho consejo en 1981, enfatizaron la autosuficiencia y la cooperación regional. En efecto, los integrantes del CCG declararon que la seguridad y estabilidad regional son responsabilidad de sus pueblos y países y llamaron a mantener la región libre de los conflictos internacionales, en especial de la presencia de las flotas y bases extranjeras.¹⁹ El problema fue que el desarrollo y, sobre todo, los resultados tanto de la guerra Irán-Iraq como de la del Golfo mostraron que esos propósitos no eran realizables. Uno de los obstáculos principales a esa estrategia del CCG es que persiste desde su punto de vista la amenaza tanto de Irán como de Iraq. Una segunda opción usada por Irán fue el recurrir a otro de los propósitos que también en su momento señalaron los países del CCG: que tanto Irán como Iraq pudieran ser parte del grupo. A este fin, el principal miembro del CCG, Arabia Saudita, se opone ya que su rivalidad con Teherán no le permite esa alternativa.

Además de esos obstáculos estrictamente regionales, el propósito iraní por hacer aceptar su papel central en el Golfo Pérsico se enfrenta a resistencias externas. Primero, el interés de otros países del Medio Oriente, como Egipto y Siria, en ser garantes de la seguridad de las monarquías de la península, como lo muestra la declaración de Damasco, que sugiere la fórmula CCG + 2, misma que no prosperó y, segundo, el interés de los países occidentales, encabezados por Estados Unidos, en garantizar su abasto de petróleo a bajo precio. Estos países, después de su papel en la liberación de Kuwait optaron por forjar un esquema de seguridad en el Golfo Pérsico mediante la suscripción de acuerdos bilaterales

¹⁹ Citado por Elizabeth Gamlen, "US Strategic Policy Towards the Persian Gulf Region. The Creation and Development of US Central Command", *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. II, núm. 1, primavera 1990, p. 80.

de ayuda militar, de los cuales los firmados entre Estados Unidos, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos son buenos ejemplos.

A ese fin es importante tener presente que la actual administración estadounidense ha llegado a la conclusión de que independientemente del peligro real que representen para la seguridad y estabilidad en la región del Golfo Pérsico tanto Irán como Iraq, le conviene declararlos "enemigos". Lo que conlleva no permitir bajo ninguna forma la creación de algún sistema de seguridad que vaya en detrimento de esa política, cuya expresión es la "doble contención".²⁰

Los dirigentes iraníes también intentaron un acercamiento multilateral y para tal fin promovieron establecer relaciones entre el CCG y la Organización de la Cooperación Económica (ECO). No obstante, esto tampoco ha prosperado, ni se ven perspectivas a corto plazo. Ello, entre otras razones, por la rivalidad y diversidad de prioridades que aún privan en la ECO y por la falta de interés de los Estados del CCG.

A todos los elementos anotados hay que agregar la paulatina consolidación de la presencia rusa en la región. Un ejemplo de lo anterior es la primera visita de un jefe de gobierno ruso, el primer ministro Víctor Chernomyrdin, a Arabia Saudita, Omán, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos. El diario *Kayhan*, por ejemplo, comentó:

...los rusos en los meses recientes han intensificado sus esfuerzos para rehacer su influencia en el Medio Oriente, que disminuyó con el colapso del comunismo, y la gira de Chernomyrdin está claramente diseñada para fortalecer la posición de Moscú en la región.²¹

La realidad de la región del Golfo Pérsico en nuestros días es que las monarquías conservadoras de la península árabe, a pesar de su riqueza petrolera, han salido debilitadas de los conflictos en su zona. En lo financiero han agotado sus reservas y están endeudadas. En lo militar no lograron, vía el CCG, constituir una fuerza creíble para su seguridad. En tal virtud se han embarcado en un programa de modernización de sus ejércitos que ha reintroducido la carrera armamentista en la región. Según algunas estimaciones ello significaría un gasto, entre 1993-1999, de unos 65 000 millones de dólares;²² así, económica y militarmente las monarquías de la península árabe en nuestros días son más dependientes para su seguridad y se han visto obligadas a subordinarla a los intereses extrarregionales.

²⁰ Véase al respecto Amin Saikal, "The US Approach to the Security of the Persian Gulf", *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. V, núm. 3-4, otoño-invierno 1993-94, pp. 646-647.

²¹ *Kayhan*, 23 de febrero de 1994.

²² Véase Nicolas Sarkis, "Le pétrole du Golfe toujours plus convoité", *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 1994, p. 12.

El establecimiento en el Golfo Pérsico de una paz iraní

El establecimiento de una paz iraní en la región ha sido y es el objetivo central de la política de los gobernantes en Teherán. Sin embargo, como se ha descrito, la situación en la región ha evolucionado de manera diferente a lo que se pensó en las capitales de los dos principales actores de la región, Bagdad y Teherán, y aun en las monarquías de la península árabe. Además de que se han modificado los intereses de los principales consumidores del petróleo del Golfo Pérsico.

En sus conclusiones, Amirahmadi afirma que, para lograr sus objetivos, Irán requiere seguir una política de dos vías. Por un lado, buscar su participación en los esquemas de seguridad colectiva regional, en pie de igualdad y, por el otro, insistir en hacer valer su papel privilegiado. El presidente Rafsanjani lo expresó así: "sólo hay un poder que puede ofrecer paz y estabilidad en el Golfo Pérsico y ése es el poder iraní".²³ Pero existen obstáculos en la región y fuera de ella. Primero, el petróleo del Golfo mantiene su importancia estratégica para los países industrializados. Al respecto, Nicolas Sarkis dice que Estados Unidos no considera más como una de sus prioridades la seguridad energética, a la cual atribuyó primordial importancia durante la guerra fría, a pesar de que las reservas petroleras norteamericanas cayeron, a fines de 1993, a 22.9 mil millones de barriles, y de que su dependencia de la importación en el mismo año fue de 50 % cuando en 1985 sólo era de 27 %. En cambio, busca obtener petróleo barato. Este cambio de estrategia se explica, según Sarkis, porque ya no existe el espectro de una supremacía de la ex URSS sobre el Medio Oriente, porque los países radicales de la OPEP han sido debilitados y porque se ha sacado a Iraq del juego y se ha establecido un nuevo tipo de relación con los países del Golfo Pérsico.

¿Cuánto tiempo durará esta situación? La respuesta depende de una serie de supuestos y de la evolución de varios factores. Por un lado, según la Agencia Internacional de Energía, de aquí al año 2010 habrá que desarrollar nuevas capacidades para producir unos 27 millones de barriles diarios para hacer frente a la demanda, y el precio pasará de 17 dólares (1994) a 27 dólares (2005). El problema es que esa producción de crudo requerirá de una inversión de unos 500 000 millones de dólares al año 2000 y, de ellos, 120 000 para el Medio Oriente. ¿Estarán dispuestos los consumidores occidentales a esa perspectiva? Por otro lado, se plantea la pregunta, ¿hasta qué momento la potencia militar estadounidense será suficiente para evitar convulsiones políticas en el Medio Oriente?

Al respecto cabe señalar las declaraciones del viceministro de la Marina iraní, Abbas Mohtaj, con motivo del día de la Marina, quien dijo que los acontecimientos

²³ *Teheran Times*, 19 de diciembre de 1990. Citado por Amirahmadi, *op. cit.*

militares en el Golfo Pérsico no pasan inadvertidos para Irán; la presencia de tropas extranjeras en el Golfo Pérsico, especialmente las americanas, representa el peligro principal contra la República Islámica de Irán y, según precisó, "nuestras fuerzas navales tienen alto nivel de preparación para hacer frente a esa amenaza". También aclaró que la estrategia militar iraní es defensiva y rechazó las acusaciones sobre el rearme iraní ya que, dijo, en el presupuesto anual sólo se destinan 10 000 millones de dólares a la defensa.²⁴

Hay problemas propios de la región cuya evolución es impredecible: el crecimiento demográfico, el empobrecimiento que engendra la baja de los ingresos petroleros y la actividad de los movimientos islámicos extremistas, desde la península árabe hasta el Océano Atlántico, los cuales se han revelado como la principal amenaza contra los regímenes actuales. A lo anterior habrá que agregar los problemas tradicionales de la región como la rivalidad iraní-árabe, los conflictos interétnicos y fronterizos, así como uno nuevo: las disputas por los recursos acuíferos tan escasos en la zona.

Dentro de este complicado panorama, todas las previsiones concluyen en que el Medio Oriente deberá ser el que cubra el incremento en la demanda de petróleo. Por tal razón los países consumidores, en primer lugar los industrializados, encabezados por Estados Unidos, tomarán las medidas que consideren necesarias para tener garantizado el abasto. Ello significa que Irán y su rival, Arabia Saudita, los principales productores de petróleo del Golfo Pérsico, estarán sometidos a las presiones de los consumidores, a las cuales son bastantes vulnerables.

Por otro lado, a pesar de las coincidencias coyunturales no debe olvidarse que la alianza occidental, en especial de Estados Unidos con las monarquías del Golfo, no es algo que se pueda calificar de natural; está sujeta a demasiados imprevistos, tanto de la política interna estadounidense como de los regímenes de la península árabe.

Se estima que la rivalidad iraní-saudita deberá evolucionar hacia un *modus vivendi*. La estrategia actual de Estados Unidos de mantener a Irán como el "enemigo" necesario y bloquear su incorporación a los mecanismos de seguridad de su zona no es para Arabia Saudita la mejor opción a largo plazo, ya que un Irán marginado del área es más impredecible e incontrolable. Al respecto cabe señalar los mensajes de Teherán a los países del CCG, con motivo de la reunión, en Bahrein, del 19 al 21 de diciembre de 1994. El editorial del diario *Iran News*, del 24 de noviembre de 1994, señaló que:

²⁴ *Iran News*, 26 de noviembre de 1994.

Irán es de la opinión que la verdadera seguridad en el Golfo Pérsico sólo podrá ser posible mediante un acuerdo colectivo de todos los países de la región. Los ocho países limítrofes del Golfo Pérsico son los únicos actores que tienen el derecho a proporcionarla, a pesar de sus diferencias políticas, ideológicas y étnicas.

Esto se traduce en la necesidad de rechazar cualquier presencia extranjera en el Golfo Pérsico. Por ello llegará el momento en que las dos principales potencias petroleras del Golfo Pérsico acomodarán sus posiciones en bien de sus legítimos intereses y de la prosperidad de sus pueblos.

En esa ruta de la convivencia pacífica en la zona del Golfo Pérsico, al menos desde la perspectiva de nuestros días, es Irán el que deberá hacer mayores concesiones. Primero, deberá encontrar la forma para no antagonizar los intereses de los principales países consumidores de petróleo y despejar sospechas de que el fortalecimiento de su economía y la modernización de sus fuerzas armadas no representan una amenaza ni para los intereses económicos occidentales ni para la seguridad de sus vecinos. Además, requiere convencer a estos últimos de que las similitudes ideológico-religiosas con los movimientos islámicos radicales no significan ningún apoyo político-militar de su parte.

A la realización de esta perspectiva Irán contribuirá mostrando que está preparado para negociar y conducir una política exterior basada en sus intereses legítimos y en el respeto de los de sus vecinos.